

LOS MEJORES CUENTOS DE HUMOR

PRIMEROS CAPÍTULOOS PROMOCIONALES

Autores Varios

LOS MEJORES CUENTOS DE HUMOR



Colección
LOS MEJORES CUENTOS DE...

© MESTAS EDICIONES, S.L.
Avda. de Guadalix, 103
28120 Algete, Madrid
Tel. 91 886 43 80
Fax: 91 886 47 19
E-mail: info@mestasediciones.com
www.mestasediciones.com
<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>
<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>
© Derechos de traducción: Mestas Ediciones
Correcciones: Pablo R. Nogueras y L.T.

Director de colección: J. M. Valcárcel

Ilustración de cubierta bajo licencia Shutterstock:
Autor: Tereks

Primera edición: *Febrero, 2018*
Segunda edición: *Abril, 2019*
Tercera edición: *Septiembre, 2023*

ISBN: 978-84-1724-402-6
Depósito legal: M-34967-2017
Printed in Spain – Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

La comedia es un género que siempre ha estado de actualidad. La risa, como el llanto, es una cualidad humana de la que no se puede prescindir, y la necesidad de expresar este sentimiento es sin duda el origen de la comedia. El hombre, a lo largo de su historia, ha ido comprendiendo, poco a poco, que la vida es más fácil y llevadera si le añadimos unas gotitas de humor, incluso si se hace situándolo por encima del sentido común que debería imperar en ciertos asuntos. Poder reírse de uno mismo es un síntoma de madurez. Este humor alcanza su apogeo en la literatura universal gracias a la tradición anglosajona y a las obras literarias que surgen y se desarrollan durante el siglo XIX en Inglaterra, coincidiendo con una época dorada de las letras británicas y con la facilidad que, para su difusión, les ofrecía la prensa emergente en aquellos tiempos. La cultura inglesa fue la primera que nos enseñó a reírnos de nuestros propios errores, e inmediatamente Francia y otros países, europeos primero y americanos después, le siguieron a la zaga.

El cuento, como mera expresión literaria, fue una de las conquistas más hermosas e importantes del siglo XIX, un siglo narrativamente de tanta importancia, para después alcanzar su madurez y su máxima expresión durante el siglo XX. Franz Kafka, Mark Twain, Oscar Wilde, Charles Dickens, Rudyard Kipling, Chesterton, Robert Louis Ste-

venson, Bram Stoker... todos ellos en alguna ocasión hicieron gala de su humor en sus más destacadas narraciones cortas.

El humor, un estado de ánimo habitual o pasajero, en el que entran la sátira, las situaciones de comicidad, el disparate, el humor negro, la acidez, la burla despiadada..., pero sobre todo el genio y el talento del autor que se aventura en él.

El humor en sí, existe desde el principio de los tiempos. El ser humano ha utilizado su sentido del humor como válvula de escape, como medio para distender los breves o largos, leves o duros, momentos de lucha diaria por la supervivencia, por ganarse la vida o simplemente por convertirse en alguien respetable dentro de una sociedad cada vez más exigente. Y es cierto que el humor nos ayuda a evadirnos por momentos y a olvidar los problemas que nos coartan, que nos quitan la energía y hasta el aliento. El humor se convierte así en algo necesario para la vida, algo que nos recicla por instantes, que nos permite recargar nuestra energía y cambiar nuestra perspectiva.

Está demostrado científicamente que uno es incapaz de mantener mentalmente pensamientos negativos en los momentos en los que está riendo. ¿Por qué? Básicamente, porque nuestro cuerpo está concentrado en sentirse bien. Hasta la última de nuestras células está disfrutando de los breves segundos en los que está gozando de esa alegría que nos da el humor, y es incapaz de dejar de lado esas sensaciones para volverse a inundar de voces interiores que le hacen sentir mal.

Todos, por lo tanto, necesitamos del humor tanto como del amor o la comida para subsistir y crecer de forma equilibrada como personas y seres espirituales. ¡Aprender a reírse de uno mismo es fundamental! Y la razón es clara: debemos quitar trascendencia a cualquier cosa en la vida. Todo puede ser importante, pero más importante todavía es relativizar las cuestiones mundanas. Nada debe ser tan trascendente

como para que te quite la alegría de vivir. Todos sufrimos carencias de algún tipo, todos sufrimos perdidas de algún tipo, todos nos equivocamos en alguna ocasión acentuando o atrayendo reveses a nuestra vida..., pero todo eso es parte de la existencia. ¡Eso es vivir! De ahí que debamos aprender a reírnos de nosotros mismos, para ser capaces, justo después, de reírnos de vida misma. Al quitar trascendencia a todo, el todo se vuelve menos duro, menos exigente, menos dictatorial, porque cambiando nuestro punto de vista, la propia realidad cambia como por arte de magia. :-D

El editor

LA NARIZ

Nikolái Gógol

LA NARIZ

1

El 25 de marzo en San Petersburgo tuvo lugar un suceso de lo más insólito. Un barbero de la avenida Voznesenski llamado Iván Yákovlevich —cuyo apellido se desconoce, pues se había borrado y nadie se molestó en volver a grabarlo sobre el rótulo de aquel señor con la mejilla enjabonada y la leyenda: «También hacemos sangrías»— se despertó muy temprano y percibió el olor a pan caliente. Cuando se incorporó en la cama ligeramente, comprobó que su mujer, una dama muy respetable a la que le encantaba tomar café, sacaba del horno precisamente en ese momento el pan recién horneado.

—Hoy no voy a tomar café, Praskovia Osipovna —dijo Iván Yákovlevich—, me gustaría más comer un panecillo caliente con cebolla.

En verdad, Iván Yákovlevich hubiese preferido ambas cosas, pero sabía que era absolutamente imposible exigir las dos a la vez, ya que a Praskovia Osipovna no le gustaban ese tipo de caprichos. «Es mejor que el idiota coma pan, así quedará una taza de café más para mí», pensaba su esposa mientras tiraba un pan sobre la mesa.

Iván Yákovlevich se colocó por decencia el frac sobre la camisa y, ya sentado a la mesa, echó la sal, preparó dos cabezas de cebolla, cogió el cuchillo y, con el ademán característico, comenzó a cortar pan. Mientras partía el pan en dos,

dirigió su mirada al centro del mismo y, para su asombro, vio algo de color blancuzco. Iván Yákovlevich tanteó con el cuchillo cuidadosamente y acto seguido, palpó con un dedo.

—«¡Está duro! —se dijo—, ¿qué puede ser?

Hundió los dedos en el pan y sacó ¡una nariz! Iván Yákovlevich se quedó desconcertado y empezó a frotarse los ojos y a tocarla. ¡Una nariz! ¡Una auténtica nariz! Pero además tuvo la sensación de que la conocía de algo. El horror se dibujó en su rostro. Sin embargo aquel horror era insignificante frente a la indignación que se apoderó de su esposa.

—¿A quién le has cortado esa nariz, animal? —gritó enloquecida—. ¡Canalla! ¡Borracho! ¡Te entregaré yo misma a la policía! ¡Menudo bribón! Ya he oído decir a tres personas que cuando afeitas tiras de las narices de tal manera que no se desprenden de milagro.

Pero Iván Yákovlevich estaba como ausente. Sabía perfectamente de quién era aquella nariz, y ese era el asesor colegiado Kovaliov, a quien afeitaba todos los miércoles y domingos.

—¡Espera, Praskovia Osipovna! La pondré en un rincón envuelta con un trapo; que se quede allí un rato, ya me la llevaré más tarde.

—¡No quiero ni escucharte! ¿Pretendes que deje que guardes en mi habitación una nariz cortada...? ¡Cada cosa en su sitio! ¡Dios mío, lo único que sabe hacer es pasar la navaja por la correa, y con estas expectativas, pronto no podrá ni hacerlo, bellaco miserable! ¡Que responda ante la policía por ti...! ¡Sí claro, precisamente por ti, payaso, cabeza hueca! ¡Fuera de mi vista! ¡Fuera! ¡Llévatela a donde te dé la gana! ¡No quiero verla!

Iván Yákovlevich permaneció de pie como si le hubiesen fulminado. Pensaba y pensaba..., pero nada se le ocurría.

—Tan solo el diablo puede saber cómo ha sucedido esto —dijo al fin, rascándose una oreja con la mano—. No soy capaz de asegurar si ayer llegué o no borracho, pero aun así, aquí sucede algo extraño, pues si bien el pan es un asunto del horno, una nariz no lo es ni por equivocación... ¡No entiendo nada!

Iván Yákovlevich se quedó mudo. La idea de que la policía encontrara allí la nariz y le pudiese acusar estuvo a punto de ocasionarle un desvanecimiento. Ya casi podía ver el cuello escarlata lujosamente bordado de plata, la espada..., mientras todo su ser se conmovía. Finalmente, cogió su ropa interior y sus botas, se puso todos los harapos y, bajo las severas exclamaciones de Praskovia Osipovna, envolvió en un trapito la nariz y salió a la calle.

Tenía pensado dejarla en cualquier sitio; tras un poste, bajo cualquier puerta o dejarla caer, como por descuido, y desaparecer por el primer callejón. Pero, para su desgracia, se encontraba a cada instante con algún conocido que ensiguista empezaba a preguntarle: «¿A dónde vas?» o «¿A quién vas a afeitar tan temprano?», así que Iván Yákovlevich no encontró ocasión para ello. Algo más tarde, consiguió dejarla caer pero, desde bastante lejos, un centinela le hizo una señal con su lanza mientras le ordenaba: «¡Recoge eso! ¡Lo que se te ha caído! E Iván Yákovlevich se vio obligado a recoger la nariz y metérsela en el bolsillo. La desesperación lo fue invadiendo conforme la multitud se multiplicaba sin cesar en la calle a medida que abrían las tiendas y los puestos.

Decidió ir al puente de San Isaac para encontrar allí la manera de arrojarla al río Neva... Pero..., ¡qué descuido!... Soy culpable, sin duda, de no haberles proporcionado hasta ahora ninguna información sobre Iván Yákovlevich, un hombre respetable en muchos sentidos.

Iván Yákovlevich, como cualquier comerciante ruso que se precie, era un borracho empedernido. Y, aunque rasuraba

a diario los cuellos de los demás, el suyo propio no conocía navaja alguna. El frac de Iván Yákovlevich —que nunca llevaba levita— era multicolor. Es decir, era negro aunque se encontraba cubierto completamente de unos lamparones marrones, amarillos y grises. El cuello le brillaba, y en el lugar donde antaño hubo tres botones tan solo colgaban unos hilillos. Iván Yákovlevich era un auténtico cínico. Cada vez que afeitaba al asesor colegiado Kovaliov, este le comentaba: «Iván Yákovlevich, no hay un solo día en que no te huelan mal las manos!», e Iván Yákovlevich siempre le contestaba con la misma pregunta: «¿Y a qué huelen?». «No lo sé, hermano, pero apestan», contestaba el asesor colegiado mientras Iván Yákovlevich, tras meterse un dedo de tabaco, respondía a aquel comentario enjabonándole el pómulos, la nariz, detrás de las orejas y el cuello, en resumen, donde le daba la gana.

Nuestro honorable ciudadano ya se encontraba en el puente de San Isaac. Miró a su alrededor y a continuación se inclinó sobre la barandilla, como si quisiese contemplar las aguas —¿pasan muchos peces?—, y disimuladamente arrojó el trapo con la nariz. Tuvo la sensación de quitarse un peso de encima. Iván Yákovlevich hasta sonrió. En lugar de ir a afeitar las barbas de los funcionarios, se dirigió hacia un establecimiento que se anunciaba con la inscripción «Comida y té» para tomarse un vaso de ponche cuando, de pronto, en la cabecera del puente, pudo ver la figura del inspector del distrito, un hombre aparentemente magnánimo, de generosas patillas, sombrero triangular y una espada. El corazón se le paró cuando el inspector comenzó a señalarle con el dedo, diciendo:

—¡Acércate aquí, amigo!

Iván Yákovlevich, conocedor de las normas, se quitó enseguida su gorra y, acercándose con premura, dijo:

—¡Saludos, señoría!

—¡No, no, amiguito, nada de señoría! ¿Qué hacías allí parado en el puente?

—Le juro, señoría, que me encaminaba a afeitarse a uno de mis clientes y me paré un momento a ver si bajaban peces por el río.

—¡Mientes! ¡Mientes! Así no podrás escapar. ¡Haz el favor de responder!

—Estoy deseando afeitarse dos veces a la semana, tres si es su deseo, absolutamente gratis —le respondió Iván Yákovlevich.

—¡No, amigo, eso son tonterías! A mí ya me afeitan tres barberos solo por el enorme respeto que me tienen. ¿Vas a hacer el favor de decirme lo que estabas haciendo allí?

Iván Yákovlevich se puso pálido... Y en aquel preciso momento el suceso quedó velado totalmente por la niebla. Desconocemos lo que ocurrió a ciencia cierta.

2

El asesor colegiado Kovaliov se había despertado bastante temprano y masculló con los labios: «brrrr...» —una costumbre que tenía cada mañana al despertarse, aunque ni él mismo sabría explicar el motivo de aquel comportamiento—. Kovaliov se desperezó y dio orden de que le trajesen un pequeño espejo que se encontraba sobre la mesa. Quería ver un grano que la noche anterior le había salido en la nariz y, sin embargo, ¡comprobó estupefacto que en lugar de nariz tenía un paraje completamente desértico! Muy asustado, Kovaliov ordenó que le llevasen agua y se frotó con una toalla las manos. ¡La nariz no estaba, en efecto! Comenzó a tocarse con las manos para convencerse de si se encontraba o no dormido. Parece ser que no lo estaba. El asesor colegiado Kovaliov saltó de la cama para sacudirse la cabeza: «¡Mi

nariz no está!» De inmediato pidió que le trajeran la ropa y salió volando sin dilación en busca del prefecto de la policía.

Pero antes de seguir es imprescindible mencionar algunas cosas sobre Kovaliov para que el lector pueda conocer la verdadera madera de este asesor colegiado. A los asesores colegiados que logran su nombramiento a través de certificados académicos no es posible compararlos de ningún modo con aquellos asesores colegiados que se hicieron a sí mismos en el Cáucaso^[1]. Constituyen dos clases completamente diferenciadas. Los asesores colegiados de academia... cuidado. Rusia es un país tan peculiar que si te atreves a pronunciarte sobre un asesor colegiado, todos los demás asesores colegiados, desde Riga hasta Kamchatka, se darán todos por aludidos, sin excepción. Y así mismo ocurre con todos los títulos y nombramientos. Kovaliov era asesor colegiado del Cáucaso. Ostentaba aquel cargo desde hacía dos años y, por ello, no conseguía olvidarlo ni por un minuto y, para otorgarse más señorío y prestancia, nunca se denominaba a sí mismo asesor colegiado, sino mayor. «Escucha, tortolita —solía decir cuando se encontraba por la calle a alguna anciana vendiendo pecheras—, ve a mi casa a verme. Mi apartamento se encuentra en Sadóvaya. Pregunta simplemente: ¿Aquí vive el mayor Kovaliov? Cualquiera te indicará». Pero si se trataba de una hermosa joven, le dejaba vislumbrar por añadidura un encargo secreto: «Pregunta, querida, por el apartamento del mayor Kovaliov». Por ese motivo, a partir de este momento, le llamaremos mayor en vez de asesor colegiado.

El mayor Kovaliov acostumbraba cada día a salir a pasear por la avenida Nevski. El cuello de su pechera siempre estaba inmaculado y perfectamente almidonado. Sus patillas eran idénticas a las que hoy en día podemos ver todavía en los ros-

[1] El asesor colegiado era un funcionario cuyo cargo se equiparaba al rango de mayor en el escalafón militar. Era más fácil colegiarse en el Cáucaso que en las provincias rusas por los abusos de la administración central del país.

tros de los topógrafos provinciales y de distrito, los arquitectos y los médicos castrenses, y además en las de aquellos que ostentan diferentes cargos policiales y, en general, en los de todos los hombres de voluminosas y coloradas mejillas que suelen jugar de maravilla al boston:^[2] unas patillas que atraviesan sus mejillas y se prolongan hasta la nariz. El mayor Kovaliov llevaba gran cantidad de sellos de cuarzo, unos con escudos y otros en los que se había grabado: miércoles, jueves, lunes... El mayor Kovaliov llegó por necesidad a San Petersburgo, más en concreto para buscar un puesto digno acorde con su título: con fortuna, de vicegobernador y, si no, de administrador de algún distinguido despacho. El mayor Kovaliov no había descartado casarse, aunque solo en el caso de que la novia se complementara con una dote de doscientos mil rublos. Así pues, ahora el lector puede formarse una idea de la situación del mayor cuando vio en el lugar de su nariz, muy bonita y proporcionada, un paraje uniforme y desértico.

Para aumentar su infortunio, por la calle no pasó ni un solo cochero y tuvo que ir a pie, envuelto en su capa y ocultando su rostro con un pañuelo, de manera que parecía que estaba sufriendo una hemorragia. «Tal vez lo he imaginado todo no se puede perder así una nariz, de la noche a la mañana», pensó mientras se detenía en una pastelería para mirarse en el espejo. Por suerte, en aquella pastelería no había nadie; unos chicos limpiaban los salones y colocaban las sillas. Algunos de ellos, con ojos adormecidos, sacaban bandejas con pastelillos calientes. Sobre las mesas y las sillas se encontraban abandonados los periódicos de la víspera manchados de café. «Bien, gracias a Dios, no hay nadie —se dijo entonces—, podré mirarme». Se acercó temeroso a un espejo y echó un vistazo. «¡Demonios, qué asco! —exclamó

[2] Un juego de naipes que se creó durante el asedio inglés a la ciudad de Boston, en la Guerra de la Independencia.

tras dejar caer un escupitajo—, si hubiese al menos algo en el lugar de la nariz, pero de esta forma..., ¡nada de nada!».

Mordiéndose preocupado los labios, salió de la pastelería y, en contra de su costumbre, decidió no mirar ni sonreír a nadie. De pronto, se quedó pasmado frente a la puerta de una casa. Acababa de ser testigo de un hecho inexplicable: ante la entrada se había detenido una carroza, se habían abierto sus puertas y un señor con uniforme había salido de ellas doblando la espalda y echando a correr escaleras arriba. ¡Menudo horror y desconcierto experimentó Kovaliov al reconocer su propia nariz! Tras un espectáculo tan insólito, tuvo la sensación de que todo giraba en torno a sus ojos. Apenas podía sostenerse en pie. Sin embargo, con los temblores característicos de su proceso febril, decidió, sucediese lo que sucediese, esperar a que regresase a la carroza. Y así fue; dos minutos más tarde la nariz salió. Vestía un uniforme con bordados dorados y cuello alto, unos pantalones de ante y la espada a un lado. A decir por el sombrero con plumas, podríamos deducir que su rango era el de consejero civil. Era notorio que estaba visitando algún lugar. Miró a ambos lados y le gritó a su cochero: «¡Arranca!», se sentó después y partieron.

El pobre Kovaliov apenas pudo volver a entrar en razón. No sabía qué pensar sobre aquel extraño acontecimiento. ¡Cómo podía ser posible que una nariz que, hasta ayer lucía en su rostro, sin duda, que era incapaz de montar a caballo o caminar, anduviese ahora por ahí de uniforme! Se puso a correr detrás de la carroza y, por fortuna, esta recorrió un trayecto breve antes de detenerse frente a la catedral de Kazán.

Kovaliov se abrió paso apresuradamente hasta la catedral entre un grupito de ancianas indigentes, esas de las que tanto se había mofado porque llevaban la cara completamente cubierta por vendas, a excepción de dos orificios para los ojos, y así entró en la catedral. En su interior solo había unos

pocos feligreses. Todos estaban congregados en la entrada, junto a la puerta. Kovaliov se encontraba en un estado de abatimiento tal que ni siquiera encontró fuerzas para perseguirse. Buscaba con la mirada por todas las esquinas a aquel señor. Al fin lo encontró allí de pie, a uno de los lados. La nariz había ocultado totalmente su rostro bajo un cuello alto y rezaba devotamente.

«¿Cómo podría acercarme? —pensó Kovaliov—. A juzgar por las apariencias, su uniforme y su sombrero, está claro que se trata de un consejero civil. ¡Cómo demonios lo haría!».

Se puso a toser a su lado, pero la nariz no abandonó ni por un momento su devota actitud y continuaba haciendo sus reverencias.

—Ilustre señor... —dijo Kovaliov intentando infundirse ánimos—, ilustre señor...

—¿Qué desea? —respondió la nariz, volviéndose.

—Me es extraño, ilustre señor mío... Creo que... Usted debe conocer su sitio. Y lo encuentro, así, de repente, y... ¿dónde? En la iglesia. Estará usted de acuerdo...

—Perdóneme, pero no entiendo lo que me quiere decir... ¿Puede explicarse?

«¿Cómo?, pensó Kovaliov y, armándose de valor, comenzó:

—Bien, yo..., yo, soy mayor. Voy por ahí andando sin nariz, y estará usted de acuerdo en que eso es indecente. Una de esas vendedoras que comercian con naranjas en el puente Voskresenki puede sentarse allí sin nariz pero si tiene en mente conseguir... Además, al estar relacionado con muchas casas: Chejtareva, la consejera civil, y muchas más... Se puede usted hacer cargo..., no sé, insigne señor, —y en este momento el mayor Kovaliov se encogió de hombros: Discúlpeme..., al analizarlo según las reglas del deber y el honor..., comprenderá usted mismo que...

—Nada, no comprendo nada de nada —respondió la nariz—. Debe explicarse algo mejor.

—Insigne señor... —dijo Kovaliev adoptando una digna actitud—, no sé cómo tomarme sus palabras... Las cartas se encuentran repartidas sobre la mesa, creo que está todo muy claro... Aunque si lo prefiere... Pues bien, se lo diré: ¡Usted es mi propia nariz!

La nariz observó al mayor y frunció las cejas levemente.

—Está usted en un error, señor. Yo soy yo. Además es imposible que entre ambos existan tan estrechas relaciones. A juzgar por los botones de su uniforme, usted seguramente debe servir en otra Administración.

Tras aquellas palabras, la nariz se volvió a girar y prosiguió con sus oraciones.

Kovaliov se quedó totalmente perplejo, sin saber lo que hacer, y ni siquiera en qué pensar.

En aquel mismo instante, se pudo oír el agradable sonido del traje de una dama. Una señora de avanzada edad se aproximaba a él, llena de encajes, y a su vera, una joven muy delgada con un vestido blanco que resaltaba perfectamente su talle primoroso y con un sombrero de paja, ligero como un pastelito. Tras ellas se detuvo un estirado sirviente de amplias patillas y doce volantes en el cuello que abrió enseguida su tabaquera.

Kovaliov se aproximó aún más, sacó el cuello de la pechera, se recolocó los sellos que colgaban de su cadena de oro y, mientras sonreía en todas direcciones, centró en la delicada dama toda su atención. Ella se inclinaba ligeramente, como una florecilla primaveral, arrojando a su frente una blanca mano de dedos casi cristalinos.

En el rostro de Kovaliov su sonrisa creció todavía más cuando este advirtió bajo el sombrero una barbilla redonda poseedora de una deslumbrante blancura y parte de una

mejilla maquillada con los colores de una rosa reciente de primavera. Pero, de pronto, saltó a un lado, como si se hubiese quemado. Recordó que en lugar de nariz ya no tenía nada en absoluto, y de sus ojos manaron lágrimas. Se volvió para decirle sin remilgos al caballero del uniforme que se estaba haciendo pasar falsamente por consejero civil, que era un farsante y un sinvergüenza, y que no era más que su propia nariz... Pero la nariz ya no estaba. Acababa de salir corriendo, con toda seguridad para ir de nuevo de visita.

Todo aquello sumergió en la desesperación a Kovaliov. Volvió sobre sus pasos y se paró un momento bajo una columna, mirando meticulosamente a todas partes, pero sin encontrar la nariz. Recordaba claramente que su sombrero estaba adornado por una pluma y que su uniforme llevaba bordados dorados. No obstante, no se había percatado de su capote, ni del color de la carroza, ni de los caballos, ni si llevaba detrás un lacayo y, si así era, cómo era su librea. Además, la cantidad de carrozas que pasaba de arriba abajo era tan cuantiosa e iban a tal velocidad que era totalmente imposible reconocer a nadie. Y si hubiese podido reconocer a alguna de ellas, no habría tenido modo alguno de detenerla. El día era espléndido y lucía el sol. Un sinfín de gente paseaba por la avenida Nevski. Una auténtica cascada de damas se desplazaba a lo largo de toda la acera, desde el puente Politseisky^[3] hasta el puente de Anichkov. Por allí andaba un conocido suyo, un consejero de la Administración a quien solía llamar teniente coronel, sobre todo si se encontraba entre extraños. Por allí paseaba Yarygin, un buen amigo suyo, jefe de sección del Senado, que siempre jugaba muy mal al boston mientras buscaba el ocho. Unos pasos más allá, otro mayor con el cargo de asesor en el Cáucaso le estaba habiendo señas con las manos para que se acercase...

[3] Puente sobre el Moika. Hoy conocido como puente Verde.

—¡Vete al infierno! —dijo Kovaliov—. ¡Eh, cochero, llévame ahora mismo delante del prefecto de policía!

En cuanto Kovaliov se sentó en el *drozhki*^[4], comenzó a gritarle al cochero: «¡Vamos, a toda prisa!».

—¿Está el prefecto de policía? —gritó mientras entraba en el edificio.

—No, ya no está —contestó el portero—, acaba de irse.

—¡Qué mala pata!

—Sí —contestó el portero—, porque acaba de salir hace un momento. Si hubiese venido un minuto antes, lo habría encontrado con toda seguridad.

Kovaliov, sin quitarse el pañuelo de su rostro, se volvió a montar en el coche y gritó desesperadamente:

—¡Vámonos, se ha ido!

—¿A dónde? —replicó el cochero.

—¡Recto!

—¿Cómo que recto? Es una bifurcación. ¿A la derecha o a la izquierda?

La pregunta obligó a reaccionar a Kovaliov y a buscar una nueva salida. Su situación le exigía, sin duda, apelar a la Dirección del Orden Público, no porque aquella tuviese una relación directa con la policía, sino porque sus averiguaciones serían mucho más acertadas que las de cualquier otra instancia. Buscar una satisfacción ante las autoridades de la Administración de la que la nariz era funcionaria sería algo absurdo, pues de las mismas respuestas de la nariz sería fácil adivinar que para aquel sujeto no había nada sagrado y, de esa misma manera, podía mentir del mismo modo que lo había hecho ya al asegurar que nunca lo había visto antes.

Así pues, Kovaliov estaba a punto de ordenar la partida a la Dirección del Orden Público cuando, otra vez, le vino la

[4] Un coche ligero de cuatro ruedas.

idea de que aquel farsante y estafador, que había actuado en su primer encuentro de una manera tan deshonesto, podía valerse del tiempo ganado con toda tranquilidad para, de alguna forma, irse de la ciudad y, así, todas las averiguaciones no tendrían valor alguno o podrían alargarse en el tiempo. ¡Dios mío! ¡Durante todo un mes! Al final, el propio cielo le hizo entrar en razón. Tomó la decisión de dirigirse directamente a una oficina de prensa y, sin perder más tiempo, publicar un anuncio con la descripción detallada de todos sus rasgos particulares para que cualquiera que se encontrase con él pudiese llevarlo enseguida ante su presencia o, al menos, darle información sobre el lugar donde se encontraba. Y así terminó por decidir esto, ordenando al cochero que lo llevase a una oficina de prensa y, durante todo el trayecto, no paró ni un momento de golpearle con el puño en la espalda mientras le decía: «¡Más deprisa, bribón, más deprisa!».

«¡Eh, señor!», replicaba el cochero, sacudiendo la cabeza mientras fustigaba a un caballo con el pelo tan largo como el de un perro de lanas.

El *drozski* se detuvo por fin y Kovaliov entró corriendo y bufando en una salita destinada al público en donde un encanecido oficinista, vestido con un antiguo frac y gafas, permanecía sentado en una mesita mientras sujetaba la pluma con sus dientes y contaba unas monedas de cobre de la recaudación.

—¿Quién es aquí el encargado de poner los anuncios?
—exclamó Kovaliov—. ¡Hola!

—Mis respetos —respondió el canoso oficinista levantando la vista un instante para, enseguida, volver a posarla sobre las ordenadas pilas de monedas.

—Quiero publicar...

—Perdone. Le ruego que espere un momento —le interrumpió el oficinista anotando cifras con una de sus manos

sobre un papel al mismo tiempo que con la otra mano movía dos cuentas del ábaco.

Un lacayo con galones y aspecto de servir en una casa aristocrática, que esperaba de pie junto al mostrador con una nota entre las manos, consideró oportuno hacer gala de sus dotes sociales:

—Esté usted seguro, señor, que ese perrito no vale ocho grivnas^[5] y, sin duda, no daría por él ni ocho groshes.^[6] Pero la condesa lo adora y, fíjese, ¡le dará cien rublos a aquel que lo encuentre! Honradamente, entre nosotros, debo decirle que los gustos de algunas personas son de lo más extravagantes. Es razonable que, si eres un cazador, pretendas recuperar un perro de caza o un perro maltés dando quinientos o hasta mil, pues eres sabedor de que lo estás haciendo por un buen perro.

El respetable oficinista, sin dejar sus cuentas, escuchaba con cierta curiosidad cuántas letras tiene este anuncio. Todo el local estaba lleno de multitud de viejas, dependientes de diferentes negocios y porteros con sus anuncios. En uno de ellos se ofrecían los servicios de un cochero abstemio; en otro, un cochecito casi sin usar, importado de París en 1814; también se ofrecía una chica dispuesta de diecinueve años, experta en hacer la colada, para las tareas domésticas y cualquier tipo de trabajo; una resistente calesa a la que le faltaba un resorte; y un joven y fogoso caballo de manchas grises y diecisiete años; semillas nuevas de nabos y rabanillos acabadas de traer de Londres; una *dacha* muy extensa, dos establos de caballos y el espacio suficiente para plantar un buen jardín de abedules o abetos; también se invitaba, a los que querían comprar suelas viejas, a presentarse en el mercadillo de ocho a tres de la mañana cualquier día.

[5] Moneda de plata equivalente a diez kopeks.

[6] Medio kopek.

La salita en la que se reunía toda esta gente era pequeña y el aire ya estaba completamente viciado. Aun así, el asesor colegiado Kovaliov era incapaz de percibir el olor porque se había cubierto con un pañuelo y porque a saber cuál sería el paradero de su apéndice nasal.

—Insigne señor, déjeme que le interrumpa... Me urge muchísimo —dijo al fin sumido en la impaciencia.

—¡Ahora mismo! ¡Ahora mismo! ¡Dos rublos y cuarenta y tres kopeks! ¡Un segundo! ¡Un rublo con sesenta kopeks! —decía el canoso señor mientras arrojaba a la cara de las viejas y los porteros sus respectivos anuncios—. ¿Qué desea usted? —dijo finalmente dirigiéndose a Kovaliov.

—Yo quisiera... —dijo Kovaliov—, he sido víctima de una broma o de un fraude, aún no sé bien qué es lo que me han hecho. Quiero únicamente que publiquen que la persona que me traiga a ese desgraciado recibirá una recompensa muy generosa.

—Deje que le pregunte, ¿su apellido?

—No, ¿para qué lo necesita? No puedo decírselo. Conozco a mucha gente: Chejtareva, la consejera civil, Palagueia Gri-górievna Podtóchina, una oficial del Estado Mayor... Si llegasen a reconocerme, ¡Dios me libre! Puede poner tan solo: asesor colegiado o, mejor aún, alguien que ostenta el grado de mayor.

—¿Y quién se ha escapado, personal a su servicio?

—¿Cómo que personal a mi servicio? ¡Eso no sería nada deshonesto! Se me ha escapado... mi nariz...

—¡Ejem! ¡Menudo apellido tan extraño! ¿Y qué suma tan importante le ha sustraído ese tal señor Nariz?

—Se trata de una nariz... ¡No me está entendiendo! La nariz, mi propia nariz se ha largado sin dejar noticia alguna. ¡El diablo pretende burlarse de mí!

—¿Y cómo se ha escapado? No llego a comprender del todo.

—Mire, no puedo decirle cómo lo ha hecho, ahora bien, lo esencial es que en este mismo momento está recorriendo la ciudad fingiendo ser un consejero civil. Por ello le suplico que publique mi anuncio para que de esa manera alguien la atrape y pueda traérmela a mi presencia urgentemente y a la mayor brevedad posible. Usted debe hacerse cargo, ¿cómo puedo estar sin una parte tan importante de mi cuerpo? No estamos hablando del dedo meñique del pie, que se podría ocultar en la bota para que nadie lo viese, en el caso de que no lo tuviera. Yo voy todos los jueves a casa de Chejtareva, la consejera civil; Podtóchina Palagueia Grigórievna, oficial del Estado Mayor, y su hermosa hija, también son buenos conocidos, y usted debe hacerse cargo de que en este estado... no puedo presentarme ante ellas.

El oficinista no paraba de pensar, lo que se reflejaba en sus labios, que apretaba con fuerza.

—No, no puedo publicar un anuncio así en el periódico —dijo tras un silencio prolongado.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque así es. El periódico perdería su reputación. Si cualquiera pudiese publicar que se le ha escapado su nariz, pues... Además, sin que sea verdad ya se comenta que se publican demasiadas incongruencias e infundados rumores.

—¿Y qué hay de incongruente en este asunto? No veo nada en este caso.

—A usted le parece que no es así. Pero, sin alejarnos mucho, la semana pasada ocurrió lo siguiente. Un burócrata vino aquí e, igual que ha hecho usted, traía un texto, pagó una factura de dos rublos y setenta y tres kopeks y, todo ello, para un anuncio consistente en que se le había perdido un perrito maltés de pelaje negro. ¿Cree que todo terminó ahí?

Pues publicamos un baldón; aquel perro maltés en realidad era el tesorero de un establecimiento que ya no recuerdo.

—Sí, de acuerdo, pero yo no quiero redactar anuncio alguno sobre un perro maltés, sino sobre mi propia nariz. Es casi lo mismo que si lo hiciese sobre mi persona.

—No, no puedo publicar un anuncio así de ninguna manera.

—¿Incluso si es totalmente cierto que la nariz se me ha escapado?

—Si en verdad se le ha escapado, es un tema médico. Dicen que hay médicos que pueden implantar la nariz con una destreza extraordinaria. Pero también tengo la sensación de que usted debe ser un hombre de talante alegre que gusta de hacer bromas en sociedad.

—¡Se lo juro por Dios santo! Tal vez, llegados a este punto, podría demostrárselo.

—¡Para qué molestarse! —continuó el oficinista aspirando su tabaco—. Aunque, además, si no le molesta —añadió con un gesto curioso—, echaría un vistazo con gusto.

El asesor colegiado se quitó el pañuelo del rostro.

—¡Es verdad, es bastante asombroso! —comentó el oficinista—, el lugar está totalmente liso, como la palma de la mano. ¡Está tan plano que es increíble!

—Y bien, ¿seguirá usted discutiendo? Ya ha visto que es importante evitar su publicación. Yo me sentiré especialmente agradecido y muy contento de que este acontecimiento me haya proporcionado el placer de poder conocerle...

Según parece, por sus palabras, el mayor decidió en aquella ocasión adular al oficinista.

—Su publicación ya ha pasado a un segundo plano, está claro —dijo el oficinista—, y no le auguro con ello nada bueno. Si es en realidad su verdadera intención, deje que lo

haga alguien de hábil pluma que lo pueda describir como un extraño suceso y publicar su artículo en La abeja del Norte —aspiró algo más de tabaco— para beneficio de los jóvenes —entonces se secó la nariz— o como una mera curiosidad.

Nuestro asesor colegiado quedó totalmente frustrado. Miró la parte inferior de un periódico, la sección de espectáculos, y al ver el nombre de una actriz que le gustaba, casi fue capaz de sacar una sonrisa; se llevó la mano a los bolsillos para cerciorarse de si llevaba algún billete de cinco rublos, ya que los oficiales del Estado Mayor, según Kovaliov, debían sentarse en el patio de butacas. ¡Pero el recuerdo de la nariz le arruinó todo!

El oficinista también parecía compadecerse de la embarazosa situación de Kovaliov. Para aliviar su situación en lo posible consideró que era apropiado dedicarle ciertas palabras de ánimo.

—Creo que es muy lamentable lo que le ha pasado. ¿No querría aspirar algo de tabaco? Combate los dolores de cabeza y la tristeza. Hasta sirve para las hemorroides.

Al decir esto, el oficinista le acercó diestramente la tabaquera, colocando bajo la misma la tapa con el retrato de cierta dama con sombrero.

Aquel gesto instintivo sacó de sus casillas a Kovaliov.

—No entiendo cómo puede tener ganas de bromear —dijo de corazón—, ¿es que no se percata de que precisamente carezco de eso que necesito para aspirar? ¡Que los demonios prueben su tabaco! No puedo ni mirarlo ya, y no solo su patético Berezhinski^[7], ni aunque me ofreciese auténtico rapé podría.

Tras pronunciar aquellas palabras, salió de la oficina de prensa enfadado profundamente para encaminarse a la casa del comisario especial de policía, un apasionado amante del

[7] Una conocida marca de tabaco.

azúcar. La antesala de su domicilio, también usada como comedor, se encontraba repleta de montañas de azúcar que algunos comerciantes le regalaban en señal de amistad. En aquel preciso momento la cocinera le ayudaba a quitarse al comisario las botas de montar de su uniforme. La espada y la coraza colgaban ya de algún rincón mientras que su hijito de tres añitos se encargaba del terrible sombrero triangular. Así pues, tras aquella irritante jornada de lucha, se preparó para disfrutar de las delicias que este mundo le ofrecía.

Kovaliov entró en su casa en el mismo momento en que se acababa de echar y, entre graznidos, decía: «¡Ah, dormiré dos horitas en la gloria!». De aquellas palabras se podía deducir que la llegada del asesor colegiado era del todo inoportuna. Dudo que se le hubiese recibido más cordialmente si le hubiese llevado alguna cantidad de té o de paño. El comisario era un amante de cualquier artesanía o producto manufacturado, pero lo que más le gustaba era el papel moneda. «Sin duda —solía decir—, no hay nada mejor, no pide comida, apenas ocupa espacio, cabe siempre en los bolsillos y, si se cae, nunca se rompe».

El comisario saludó a Kovaliov muy secamente y le recalcó que aquellas no eran horas de instruir ninguna causa, que la misma naturaleza de las cosas imponía, después de comer, algo de descanso —así el asesor colegiado pudo comprobar que el comisario especial conocía a la perfección las sentencias de los sabios de la Antigüedad—, que un hombre honrado no se deshacía de su nariz y que había en este mundo muchos ancianos que ni siquiera contaban con ropa interior decente y paseaban por cualquier clase de lugar público.

¡En todo el blanco! Debo advertir que Kovaliov era una persona demasiado susceptible. Era capaz de disculpar todo lo que tuviese que ver con él mismo pero nunca perdonaría aquello que se refiriese al cargo o al título. Incluso creía que en las obras de teatro se podía permitir todo lo referente a

los oficiales, pero que no se debía arremeter bajo concepto alguno contra un oficial del Estado Mayor. Aquella acogida del comisario lo dejó tan perplejo que movió la cabeza y comentó en un digno tono mientras estiraba ligeramente los brazos:

—Debo confesar que, tras unos comentarios tan hirientes por su parte, soy incapaz de añadir nada... —y se fue.

Llegó hasta su casa sin apenas escuchar los pasos bajo sus pies. Era la hora del crepúsculo. Su apartamento se le antojó triste y especialmente desagradable tras todas aquellas averiguaciones fracasadas. Cuando subió a la antesala, vio a su lacayo Iván tumbado bocarriba en el sofá de cuero manchado, escupiendo contra el techo logrando dar una y otra vez en el mismo punto con bastante acierto. Su indolencia le molestó y le sacudió en la frente con el sombrero añadiendo:

—¡Cerdo, siempre estás distraído con bobadas!

Iván abandonó su posición de un salto y se apresuró a quitarle la capa.

Cuando entró en su habitación, el mayor, cansado y decaído, se arrojó sobre un sillón y, tras unos suspiros, dijo al final:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Acaso merezco esta desgracia? Si me hubiese quedado sin uno de mis brazos o una pierna no podría ser peor. Si hubiesen sido las orejas, sería horrible pero se podría aguantar. Pero sin una nariz no puede saberse lo que es una persona; no es pájaro, tampoco ciudadano, ¡es para arrojarle por una ventana! Si al menos me la hubiesen amputado en una guerra o en un duelo, o si fuese el responsable yo mismo... Pero ella se ha marchado, sin contemplaciones, se ha ido por las buenas, ¡sin obtener nada a cambio! ¡No, no puede ser! —añadió tras una breve reflexión—. Es inconcebible que mi nariz se haya largado. ¡Por supuesto! Seguro que ha sido un sueño o, al menos, me lo he imaginado.

Tal vez, por un error, me bebí en lugar de agua el vodka que uso para tonificar las barbas después del afeitado. El tonto de Iván se olvidó de retirarlo y me lo bebí, sin duda alguna.

Para poder asegurarse en verdad de que no se encontraba borracho, el mayor se autopellizcó con tanta vehemencia que hasta gritó. Aquel dolor vino a confirmarle que podía sentir y, por tanto, se encontraba despierto. Se aproximó al espejo con sigilo, con los ojos entornados y el deseo de que su nariz estuviese en su sitio, pero se echó a un lado enseguida, diciendo:

—¡Menudo aspecto tan asqueroso!

Todo era incomprensible. Si hubiese perdido un botón, una cucharilla de plata, un reloj o algo semejante, pero, ¿quién podía perder una nariz? ¡Y además, en su propio apartamento...!

El mayor Kovaliov, después de examinar todos los hechos, llegó a la conclusión de que con total seguridad la culpable de todo era Podtóchina, la oficial del Estado Mayor, puesto que pretendía casarlo con su hija. A él le hacía gracia cortejarla, pero siempre evitaba un compromiso definitivo. Cuando la oficial del Estado Mayor le expuso abiertamente que quería desposarla con ella, Kovaliov se lavó las manos de aquel asunto con su sutileza acostumbrada, excusándose con su juventud, y con que necesitaba servir otros cinco años adicionales hasta cumplir los cuarenta y dos. Y, sin duda, por ello la oficial del Estado Mayor, con deseos de venganza, había tomado la decisión de fastidiarle acudiendo a alguna vieja bruja, pues lo que resultaba incuestionable era que nadie le había cortado la nariz. Nadie había entrado en su cuarto, y el barbero Iván Yákovlevich le afeitó el miércoles y, tanto el resto de ese día como el jueves había mantenido su nariz entera —así lo recordaba con toda seguridad—. Además, aquello le hubiese producido un dolor espantoso y, sin lugar a dudas, la herida no hubiese podido cicatrizar tan rápido ni quedar tan plana como la palma de su mano.

Fin de la edición promocional